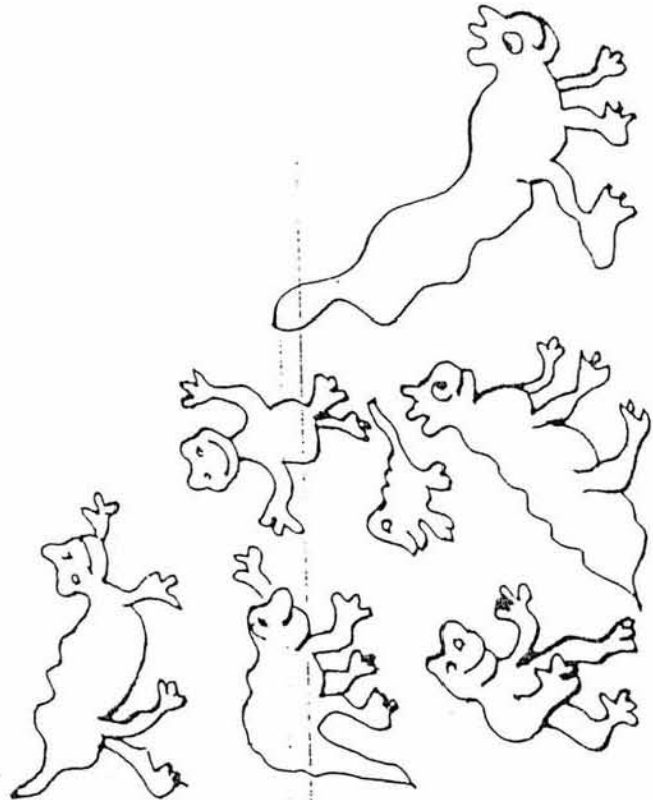


El Camino de Pororu Porooru Eemarü

Nadie sabe cómo era Pororu, el sapo, antes de caer. No le preguntan a nadie, nadie se acuerda.

Aamujkopai anuuputujama ootuwaara Porooru ve'ijo,
yoomajo waepooro kaapu viñño. Kotooturuppuotu
aamuwajkopoore, aamujkopai enuuruta e'ijama.

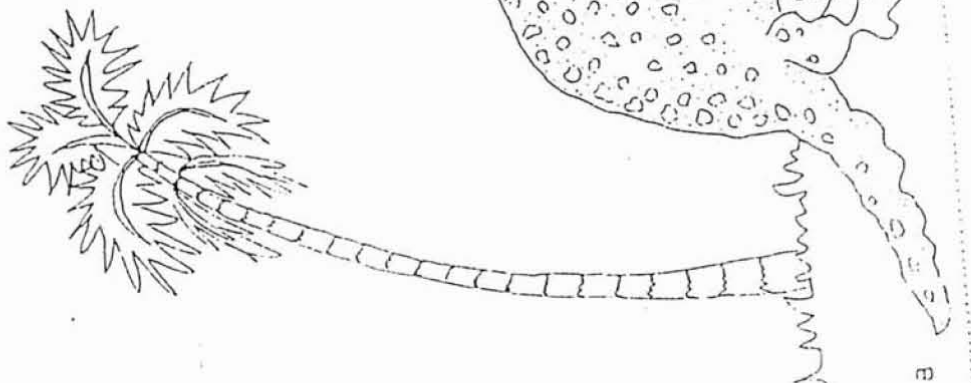


Un día había una fiesta allá arriba, en casa de Dios. Ya se veían por ahí todos esos animales que iban para el cielo: los zamuros, los dueños de las nubes. Pororu se moría de las ganas de ir a la fiesta, porque le gustaba cantar y cantar hasta ponerse ronco. Pero no hallaba cómo ir, porque había que subir volando, hasta las nubes, donde queda la casa de Dios.



Pororu miraoa con envidia a los zenuros, que se habian reunido en la sabana para salir juntos. Veia sus plumajes negros y sus largas alas, buenas para llegar al cielo. Iban preparados para la fiesta, llevaban cuátrros, maracas, tambores, carrizos (que son unas flautas hechas con varias cañuelas amarradas) y un cuerno de vaca.

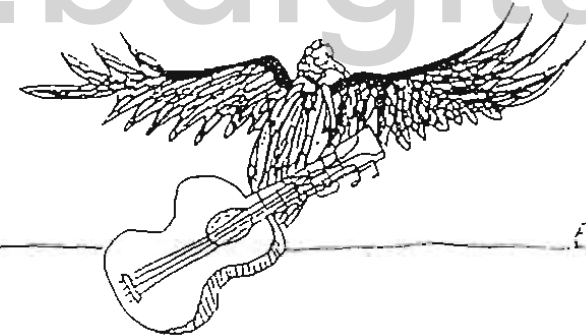
Pororu tudueenanooka, eneerüpuooko yayü reja Kuruumukon vootushijshojisankon túmmüonke tuweepajatojko'mue. Eneerüpuooko tupuurumueñhe ippiotúkkon iyyomeero apooriúkkon mashijpieñhejsü. Yujpummueñhe kaapu'wa tuntato'me. Tuweekura'mañhe tootanoopoko piyejta'va, aroatoruppuoko shiññakon, maraakakon, sampuurakon, vereekushikon iyyomeero o'vin paaka reetjo.





"Ay, quién pudiera ir", se dijo Poruru, "pero yo con mis saltos no llego ni a la altura de un monche". Entonces uno de los zamuros saltó su cuatro y lo puso en la tierra. Poruru no perdió tiempo y, sin que nadie lo viera, de un solo brinco fue y se metió por el hueco del cuatro, y se quedó ahí adentro, esperando que los zamuros alzarán vuelo.

"Anokümüepooree wayyü vüttoto'ine", tükka Porooru, 'aauyümjio
wootajpuruumürü maaro chiuntaja awwa ya'vero
mürüjshu pummuajo paatonaaka"lyyomeero
o'vin Kuruümü'wa tüshinnaru
tünonta noonorejta. Porooru oonutiuenikajane
tuwayye. aaniü'wa taneeru waapooru
tuwootajpurunhe Kuruümü shiññaru
atöörutaaka iyyomeero
tuwa.ñopo iccha,
añinümüürükon moorna
kuurupooko





Después los zamuros se fueron para arriba, llegaron a la casa de Dios y empezó la fiesta:

Entonces Pororu salió dando un salto desde el cuatro.

-¿Cómo viniste? -le preguntaron los zamuros.

-Como ustedes, así.

Kunurukon tuttoma yé ishnikon nijseniak. tutunta yé ishnikon Tojso attúwa nyomeero tuwotámo piyete
Apu dame Pororu tuwé#pajka tuwotá#puititpuoturu maera simña atooru wiñño. Aartukujai aneeñeja: tuwúye
wee wiñño yeepajajo.

-Ootawaara moopi? -Tuwoturuppuo yé ishnikon Kunurukóni

-Apa'meñe, eeroaara

Luego comenzo a cantar mejor
que los demás,
que tuvieron que callarse

"Adiós porque ya me voy
el mismo que he sido soy
en todo el tiempo que vuelvo
y en vez de llamarme frio
a mi me llaman calor".

Iyyomeero tuwoota'mo vareeta
pochomejkopore amukkon viñno,
tuuchu'na'ma'pore
ya'ijstankon pa'pore

"Aau ya'rooro vusaaropa
penaaroneroote oopuja we'ijoma
penaaro e'ijo ñoororooro awwa
cujanoore deedaatoru poonontaaro
araamukumirnuv deedaatodaatu"



Y mientras mas cantaba
el sapo mas bebía kashiri,
la bebida de yuca fermentada

"Ven acá y dame la mano
y encanto del alma mia
ven acá y dame la mano
arrimate donde yo".

Porooru tuwaaretaaru
daakojkopore, apootomejko
pore kashiri enuurupuoko

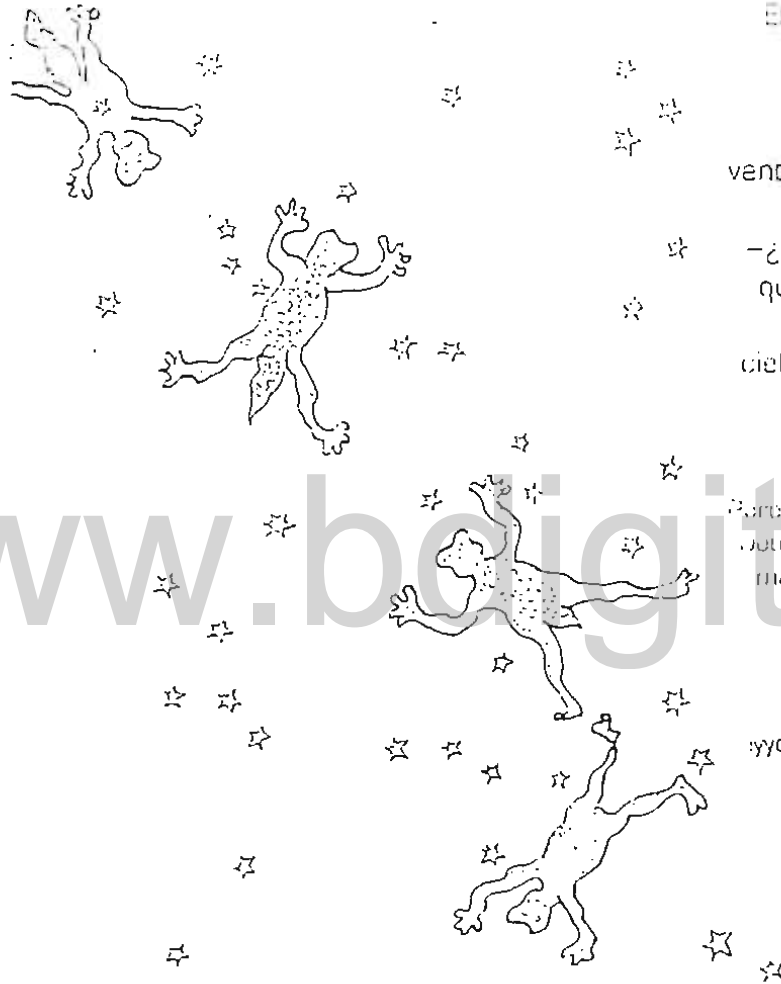
"Ojkoone iyyomeero adaññaru
yaako iyyomeero ruo'ne
ajkaarü maaro ojkoone
iyyomeero adaññaru yaako
ippio wachopo'va
ataarimeako"



www.bdigital.ula.ve

Y de tanto beber, Pororu se emborrachó, y no supo más nada.
La fiesta se terminó y los zamuros bajaron. Se dejaron caer al vacío
azul con las alas abiertas y fueron planeando,
haciendo círculos, hacia abajo.

Pororu potchomeruoro tuweetiññe, apootomerootee enüurujoke tu'wa,
iyyorneero ootujkopore anuuputujanaakarooro tuwayye
Piyejta tu'ruajse iyyomeero Kuruurukon tuwoopü'mua ye'ijshankon
Tuwoomarukkon tanejse i'vianñe nü'mosejkenauka tapoonurukon apishajomaaro,
tuwootu'werenkarukon enejetoruppuoko

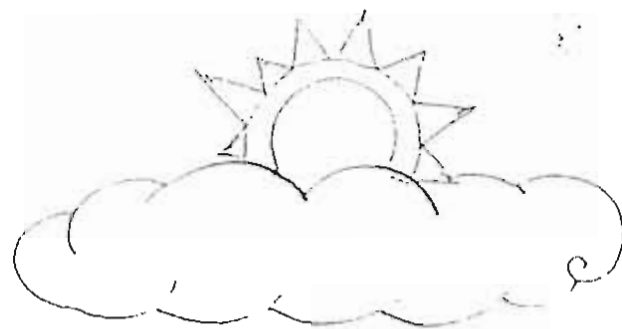


El sapo se despertó allá, solito, con miedo y frío. No hallaba cómo bajarse del cielo sin la ayuda de los zamuros. Los buscó por todas partes pero no encontró ni una pluma. Entonces se asomó a una ventana y vio para abajo. Estaba anocheciendo. Desde el cielo no se veía la tierra sino puras nubes. —¿Cómo bajaré para allá?— se dijo y, viendo que no le quedaba más que hacer, se soltó. Así fue cayendo y cayendo, atravesando el aire y las nubes, desde el cielo a la tierra. Y cuando caía, del susto que tenía, la leche que guardan los sapos en su piel se le fue saliendo y fue quedando regada por el cielo.

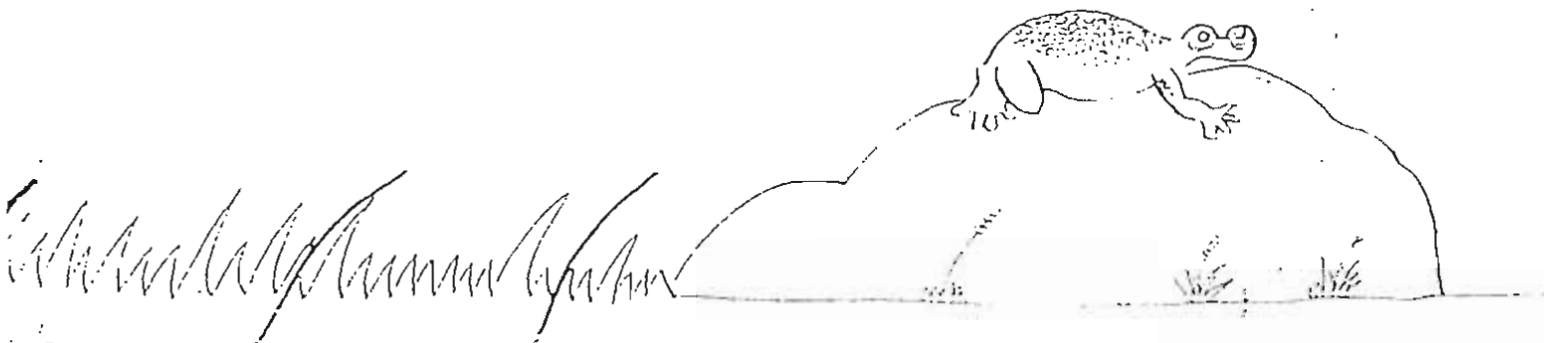
Parsoni tarukta moode nuise, o'viññeajko iyyomeero tukoomunne. Ootawaara tuwocututtoru piirupuuoko oovaruunija Kurumükoti maaro. Turinmaññe i'via puutujaruoro eneeponujaññe tuwayye ya'vero'vin ippiiojdaano. No'mosajkenaaka tuwujpuise atouru'mue aamuta. Kookonaakajsuko vaññorooko. Ooneja noono kaapu viñño, ajsakaapü piejko voonenooopoko. —Ootawaara tüüre wootüttonü moodapa?—tukka tu'waroste iyyomeero voonumuenkanoopoko ootujkopoore aññopora yayju tu'wanoome, Purummm! Tüwammiojse. Tüwocmarü eneepürüpuoko petcho ra'na iyyomeero piejkokonta, kaapu viñño noono'va. Tüwoomarü eneepürudaako i'via tanaarirünaaro, mooro rejshi Poroorukon nunne'marukkon tippiotaññe, tuweepajkaru taaro i'via iyyomeero kaaputa tuwootarippiajse tuwaññopooru tanejse i'via.

—Apártate piedra, que te voy a estrellar! —gritó y
cayó, ¡cataplás!

Por eso es que el sapo quedó escachapado,
como un budare, chato y sin nalgas,
por andar de asomado y subir al cielo
con los zamuros, a la fiesta que daba Dioso.
Las manchas de leche que Pororu dejó en el cielo
todavía pueden verse: son las estrellas de la Via
Láctea, que por eso se llama el Camino de Pororu



—Toopu uorn:ñaako adajpirijsharü'wana! —tukojta iyyoneero
tuwamajkoroute, Tooj Toopu rejta.
Maarookoyornpo Porooru tapipiajke tuwaññoronna
ariññatu päme iyyoneero viejeja, piyejapooko
tuwopontuññoronna iyyoneero tuwopokuyorokok.
Kuruunikon maaro, Yoiso piyejantüwa, Rejshi mansharokkon:
Porooru naakamajo montonoro koononeda kaaputa,
morookon mantu: Shirijshokon kaaputnokon, iyyokeyornpo
nedaatpdaatu Porooru eemarümmue



Handwritten signature or text in a cursive script.

De cómo los **GUARAOS** aprendieron de los **LOROS** a sembrar **YUCA**



Morichal
Bosque de suelo
pantanososo y anegadizo,
poblado
predominantemente de
palmas de moriche.

Salieron una vez al morichal todos los indios de una rancharía en busca de yuruma (pan de moriche), y quedó cuidando la casa un indio con su mujer. Con ellos se quedó también un loro que tenían. Al poco rato de haber salido, vieron venir en dirección de la casa una bandada de loros tan numerosos que el cielo quedó oscuro como en un día de lluvia. Esos loros venían tan contentos y alborotados que hacían una gritaría ensordecedora.

Cuando el loro de los indios advirtió la presencia de sus compañeros que pasaban cantando por encima de él, les gritó por tres veces y les preguntó:

-¿A dónde van tan contentos?

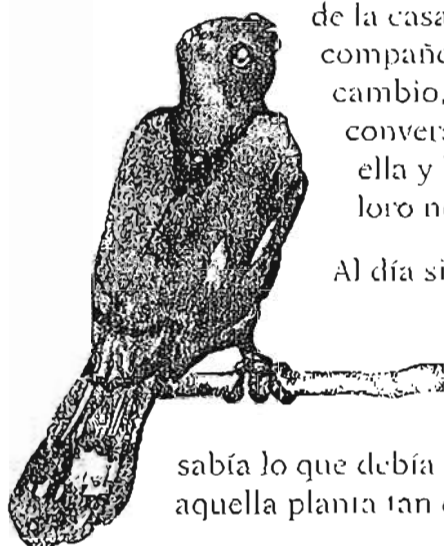
-A buscar yuca, -le contestaron. Y siguieron su camino.

Cuando venían de regreso, cargados de yuca, el loro de la rancharía les gritó nuevamente y les pidió que le dieran algo de lo que llevaban; y ellos, desde arriba dejaron caer un palito de yuca.

Como el pobre lorito estaba encima de un palo del alero de la casa, tardó en bajar a coger el palito que sus compañeros le tiraron, y no lo pudo aprovechar. En cambio, el indio, que había escuchado toda la conversación, apenas cayó la yuca, se abalanzó sobre ella y la escondió entre la tierra, de tal manera que el loro no pudo encontrarla.

Al día siguiente, fue el indio a escondidas a ver la yuca y vio con sorpresa que había germinado, y estaba llena de hojas. La dejó crecer completamente, y cuando ya estaba completamente desarrollada, el indio no

sabía lo que debía hacer, pues ignoraba lo que se comía de aquella planta tan extraña.



A fin de aprovecharla, probó de varias formas. Primeramente comió las hojas solamente, pero en vez de aprovecharle le hicieron mucho daño. Después cogió los tallos y los picó en pedazos para comer; pero, como eran tan duros, no los pudo tragar. Sacó después la raíz de la tierra y la comió completamente cruda; pero le hizo tanto mal que al día siguiente amaneció con el vientre adolorido y algo hinchado.

Yare
Jugo venenoso que se extrae al exprimir la yuca amarga rallada en el proceso de elaboración del casabe.

En vista de que así no le gustó, ralló la yuca, muy bien rallada, y la comió más fácilmente, pero amaneció con el vientre adolorido y más hinchado que antes.

Guarao
Etnia indígena venezolana del estado Delta Amacuro.

A los pocos días, ralló nuevamente la yuca, le extrajo el agua (yare) y se la bebió; pero fue tan grande el dolor que sintió y tan enorme la hinchazón, que aquella noche estuvo a punto de morir.

Otro día la ralló, le sacó el agua y se la comió seca sin cocinar; pero tampoco así le sentó bien.

Por último, dijo el indio: "Vamos a ver si cocinándola, como las otras comidas, me gusta". Ralló la yuca, le sacó el agua y la cocinó. Cuando la estaba comiendo, sintió un gusto y un olor muy agradable y aquella noche no sintió dolor ninguno. Con esto entendió que la yuca era un alimento muy bueno.

De este modo aprendieron los guaraos a sembrar la yuca y a cocer las tortas de casabe.

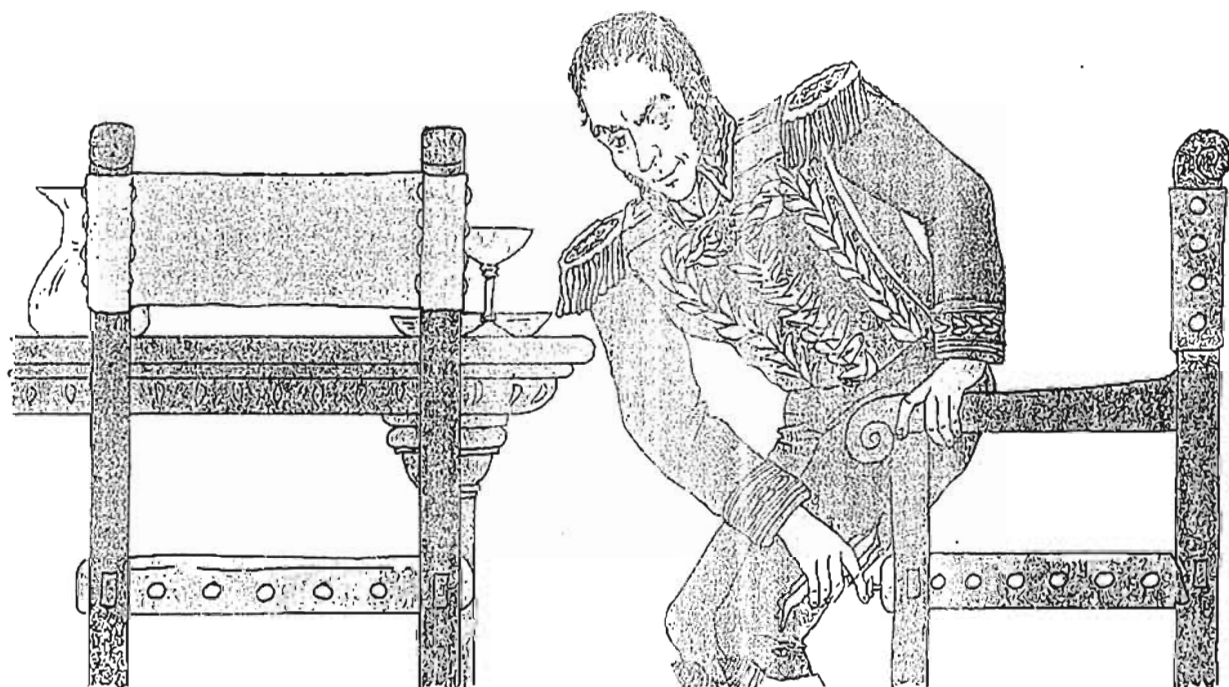


Leyenda guarao

Buscando explicaciones

- Investiga: ¿qué son las leyendas? ¿Qué otras leyendas conoces?
- Imagina una leyenda que explique cómo las personas aprendimos a comer el aguacate. Atrévete a escribirla.
- Busca leyendas que hablen sobre el origen de la lluvia y textos científicos en los que se explique este mismo fenómeno. Compáralos.
- Comenta con tus compañeros:
¿Qué diferencias ves entre las leyendas y las explicaciones científicas?
¿Qué texto te agrada más, el de la leyenda o el científico? ¿Por qué?
- ¿Has probado el casabe? ¿En qué región de país se consume casabe? ¿Crees tú que este producto se consume en otros países?

Lectura de leyenda

*La silla de suela*

Las sillas de suela tienen, entre nosotros, su faz histórica. Sin hacer cuenta de que en Hispanoamérica no las había de otra clase en los siglos pasados y principios del XIX, relatemos lo sucedido a Bolívar en marzo de 1824, en la ciudad de Trujillo (Perú), según el testimonio de O'Leary.

«Cierta día, al levantarse Bolívar del asiento en que escribía, se le rasgó el pantalón de una manera visible. Volvió prontamente el Libertador sus ojos al objeto que le había ocasionado tal percance y descubrió que era un clavo sobresaliente de la silla de suela donde estaba sentado. Con sorpresa de los oficiales, se inclinó sobre la silla y se puso a examinar el clavo con detenimiento, sin decir palabra.

De repente se yergue, y da esta orden a secas:

—Que venga inmediatamente el alcalde de la ciudad.

Creyóse que el Libertador iba a tomar venganza de la rasgadura del pantalón con alguna alcaldada de padre y muy señor mío; y efectivamente, el alcalde, que llegó en seguida, oyó con asombro esta orden terminante y perentoria.

—Haga usted recoger cuantas sillas de suela existan en la ciudad y mándelas a la Comisaria.

Pocas horas después, ya no cabían las sillas en la Comisaria General; y los vecinos se devanaban los sesos pensando en la causa de aquella contribución de guerra tan rara e inexplicable.

-¿Si será que el Libertador ha combinado algún plan de batalla en que el ejército debe combatir sentado?

-No -decían otros-, es que van a utilizar la madera para leña y la suela para cartucheras y correajes.

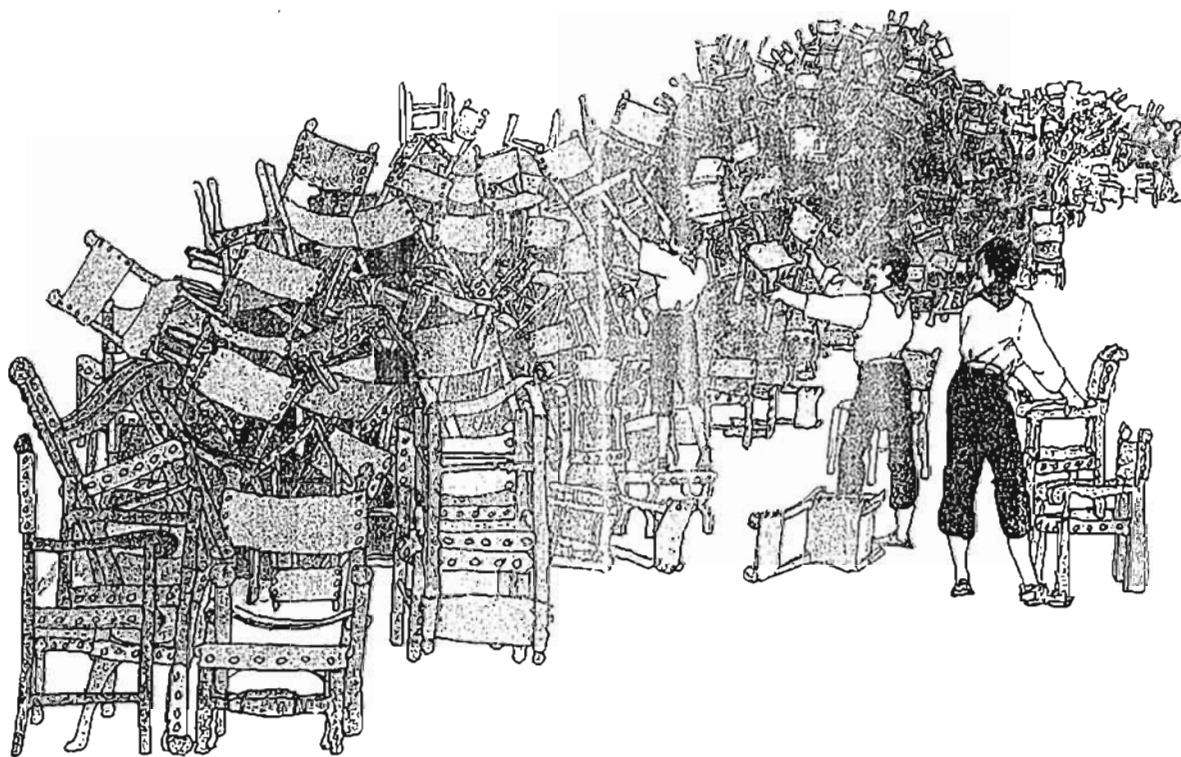
-Pues lo más racional es creer -dijo uno de los edecanes- que se trata de armar barricadas para la defensa de la ciudad.

En tanto zumbaban las crónicas por todas partes y se removían las sillas nuevas y viejas desde la sala hasta la cocina en todas las casas, Bolívar sonreía de contento, pues había hecho un descubrimiento de importancia.

Se estaba equipando el ejército; y desde hacía días se había agotado por completo el estaño, que era indispensable para soldar las cantinas y otros útiles de campaña, de suerte que estaban paralizados los trabajos indefinidamente, porque no se esperaba conseguir tan pronto dicho material.

Bolívar, que sabía herrar un caballo y cortar un vestido, como el mejor herrero y el mejor sastre, conoció al punto que el clave saliente era de estaño. Se cercioró de ello y, por medio de la contribución ya dicha, obtuvo el metal necesario para soldar las cantinas y ollas de campaña del gran ejército que, meses después, iba a vitorear la América libre en los campos de Ayacucho».

LEYENDA recogida por TULIO FERRES CORDERO



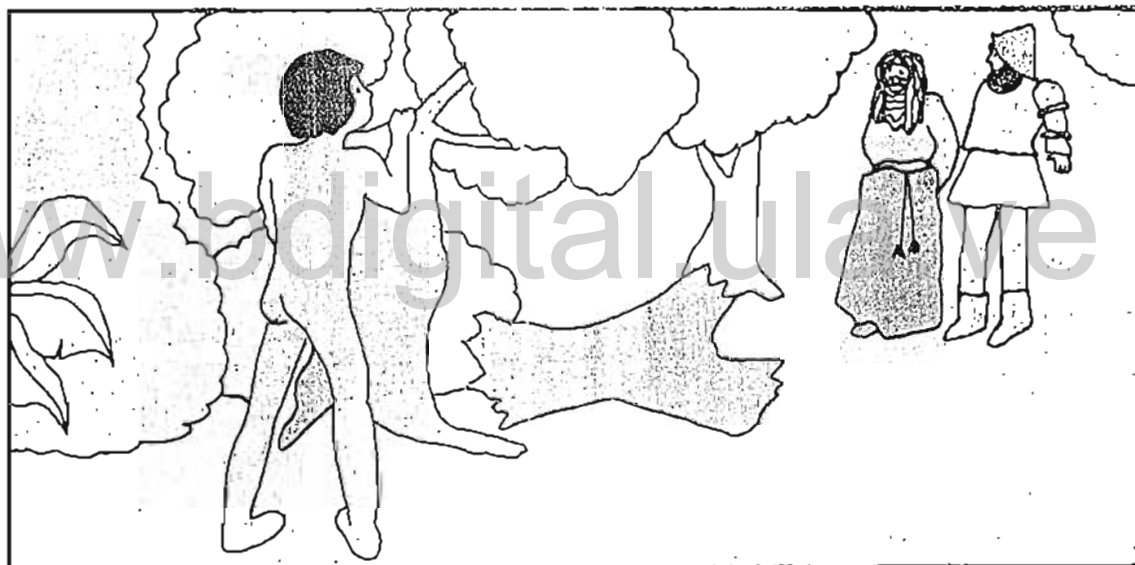
Leyendas

El Cerro Negro

Atravesando la población de Santa Ana y tomando a la izquierda un camino de penetración que desciende y vuelve a subir hacia Cerro Negro, pasando por aldeas de La Cucurí, La Blanquita y la quebrada del mismo nombre, se llega al pie del cerro, casi tapado por el bosque. En esta zona buscó refugio el cacique Manaure.

Manaure dejó sus tierras y perseguido por los conquistadores se refugió en Cerro Negro. Alejado de los poblados españoles le fue fácil subsistir en estos parajes de caza y pesca abundantes. Los árboles copulentos, las parásitas y en fin, la tupida vegetación lo cobijaron. Guamos, pomarrosas y cambures le sirvieron también de alimento.

Construyó sus chozas en lo más intrincado del bosque, en un pequeño claro rodeado de árboles. Era un mirador natural desde donde se divisaba cualquier maniobra de los conquistadores. Desde ese altiplano Manaure contemplaba complacido el paisaje: la quebrada de aguas cristalinas, las montañas, las ceibas y bucares en su espléndida floración, incendiando el paisaje, el valle de baja vegetación. Todo era propicio para una vida tranquila.



Manaure y su tribu dejaban transcurrir el tiempo. El clima benigno y la fertilidad de la región los conquistó, se quedaron en el lugar. Construyeron sus chozas y sembraron algunas plantas cuando el plache lo creyó conveniente.

Tiempo después los soldados españoles sorprendieron a un indio que subía hacia Cerro Negro, lo hicieron prisionero y revisaron los rastros para descubrir el asentamiento indígena.

Al pie del cerro estaba tupido por el bosque. Ceibas, guamos, cedros, pardillos y bucares se entrelazaban con los arbustos, lianas, parásitas en forma de cortina que constituían un muro muy difícil de penetrar. De súbito se oscureció y nubes grises lo cubrieron todo. Se desencadenó una furiosa tormenta con truenos y relámpagos.

—¡Qué extraño! — exclamaron.

Es pleno verano y la temperatura ha descendido, corramos hacia el valle antes de que la tormenta nos extermine.

Cuando comunicaron las nuevas al capitán, este los escuchó incrédulo. Más adelante acordarían a los indios y los vencerían.

En varias oportunidades intentaron llegar a Cerro Negro y siempre con los mismos resultados: espesas nubes negras oscurecían el ambiente y del cielo caían enormes piedras de hielo acompañadas de truenos y centellas.